



arauco

editorial

Artistas revolucionarios ingresan al Partido Socialista

Discurso pronunciado por el poeta Mahfud Massis en el acto de recepción de un grupo de escritores y artistas recientemente incorporados a las filas del Partido Socialista.

El artista es, antes que nada, una conciencia. No sólo una conciencia que percibe el devenir del mundo, transmutándolo en un friso de nuevas percepciones, sino también una conciencia capaz de generar una posición humana irreductible, una conducta de convivencia, de hombre parado en el mundo, y que tiene derecho de juzgar cada uno de nuestros contemporáneos.

Ambas actitudes, la estética y la humana, constituyen, a no dudarlo, las grandes verticales que unifican la condición esencial del hombre-artista, unidad sin la cual el arte se transforma en locura posesiva, o la actitud personal desemboca en la farsa tartufesca, en camino hacia lo irremediable. Quienes enfrentan el drama de las formas, extrayendo los nuevos mitos del barro social de la época, están comprometidos, desde la partida, en las tormentosas aguas de la Historia. De ahí la exigencia, la perentoriedad de una conducta integral. No hay artista verdadero —muchos no lo son a despecho de su máscara triunfadora— cuyo arte y vida no se encuentren engranados en el poderoso mecanismo de la vida social, cuyo vórtice dramático lo constituye el pueblo en busca de su destino.

Estamos ciertos de que todo arte, cuando es genuino es social, y con frecuencia lo es menos el pastiche pretensioso de algún improvisado redentor del pueblo, que el clamor individual, de lacerante raíz, que se hunde en los pantanos de la tragedia colectiva. Las conciencias —bien lo sabemos— son individuales sólo en medida muy limitada, y toda voz que clama, tiene a su espalda un ancho mar: el dolor de muchos, que encuentra en el artista a su providencial expresador.

¡Cuántas veces, queridos camaradas, seguimos a un escritor durante toda una vida! Sus personajes irrumpen en nuestra existencia anímica, y van condicionando, de un modo u otro, nuestras propias actitudes. Su obra, su conducta personal, su visión genérica, se han convertido en un ejemplo vivo y esclarecedor. Es, en última instancia, un conductor de multitudes. Pero ocurre lo inesperado: una contingencia, para nosotros imprevisible, desvía al escritor de su posición central. Entonces sentimos que algo entrañable se derrumba dentro de nosotros, algo que era necesario a nuestra vida.

Está claro: el artista, el escritor, como el líder social, apenas son dueños de sí mismos. Deben responder de su conducta integral frente al mundo, frente al pueblo, su fuerza incontaminada, de la que forman parte; están condenados a sus mismos rigores, y a llevar en la piel y en el corazón sus estigmas. No hay alternativa para quien trabaja con la arcilla escurridiza y terrible de la belleza, porque, ciertamente, quien no está junto al pueblo, está decididamente contra él; quien no se tiñe de su color, está teñido de las fuerzas oscuras que no quieren que el pueblo abandone la caverna de la Historia y ascienda a la montaña de su liberación.

Nosotros, camaradas, al dar este paso, fundamental para nuestras vidas y el estímulo de nuestra obra; nosotros, al pedir nuestro ingreso al Partido Socialista de Chile, no lo hacemos mecidos por la quimera adolescente de la bella aventura. Algunos traemos, en las manos, duras experiencias. No buscamos honores, ni somos capaces de otorgarlos, en una lucha cuyo sentido final es muy vasto; queremos sólo sentirnos honrados realizando una tarea común superior, lo más cerca posible de nuestro grande y dolorido pueblo. Hemos dado desiguales batallas, defendiendo nuestras posiciones artísticas, que no son sino nuestras posiciones políticas. Terribles batallas de solitarios. La putrefacta estética de la burguesía decadente, representada por criticastros a sueldo, ha intentado mil veces demolerarnos, silenciarnos, comprimirnos en el zapato chino de la anciana torre, de la que, según ellos, nunca debimos salir, porque sostienen los viejos zorros que el arte es cosa divina y no debe mezclarse con los negocios humanos. Entretanto ellos usufructúan de todas las ventajas, junto a las ramerías del arte, que también son ramerías políticas, formando poderosos consorcios estéticos, que se resuelven en altos y remunerativos cargos y en canonjías doradas.

Se equivocan, pues, ingenuamente, los que creen que detrás de nuestras plumas ensangrentadas aletea cualquiera forma de idealismo descolorido y soso; se equivocan quienes piensan que vivimos aletargados bajo un conformismo dulzón, dentro del estupor anestesiante del artífice que trabaja en los aldaños de la luna. No, camaradas y amigos. Nuestra vida, durante años, no ha sido sino una caldera hirviente, una terrible olla a presión, cuya única válvula de equilibrio desesperado era aquella cosa a veces incomprensible, aquel objeto sin mercado alguno en nuestro mundo social, aquella cosa absurda, discutida, negada, desvalorizada, que constituye a menudo la última almohada de su incomprendido creador, y que se llama LA OBRA DE ARTE.

Hemos trabajado un largo tiempo en un producto que no se vende porque nadie compra, y que nadie compra porque ninguno de nosotros estuvo nunca dispuesto a vender. Nuestra obra ha sido como una fumarola por donde escapaba el azufre, alzándose hacia el cielo, para indicar que su forjador se encontraba con vida. Nadie nos vio, camaradas, a pesar de nuestro esfuerzo, de nuestro inhumano trabajo, sustraídos a las escasas horas del reposo. Y, lo más terrible, camaradas, es que tampoco nos vieron quienes debían vernos, quienes tenían, probablemente, la obligación de vernos. Fuimos un poco los Hombres de la Máscara de Hierro, cuya reja nadie tenía interés en abrir.

Quizá nos consideraron entes metafísicos e inservibles.

Más de alguno de nosotros pudo haber aventurado sus pasos en partidos políticos, y haber hecho carrera como turiferarios a la vera de los políticos burgueses. Preferimos la soledad. El silencio. Y así permanecemos surtos en la bahía en sombras, esperando los acontecimientos, tal vez no sólo como escritores y artistas, sino también como políticos que saben esperar la hora oportuna.

Es por ello que esta gran mesa tiene, a nuestro modo de ver, un destello singular en el devenir cultural y político de Chile; un sentido nuevo. El Partido Socialista nos abre su ancha y fraternal puerta, y nosotros entramos por ella no sólo como artistas sino también como soldados. Le entregamos al pueblo nuestro brazo y pensamiento, lo más acendrado de nuestro quehacer; nuestra lealtad que no amagará ninguna circunstancia.

Queremos realizar nuestra faena de creadores de formas, de inventores de formas, con decisión, con dignidad y con altura. No estamos dispuestos a caer en sombríos renuncios, entregándole al pueblo el sobrante, el aserrín de la faena artística, como arúspices de un arte cluenco, azumagado y envejecido, so pretexto de llegar hasta las masas.

Vale la pena, camaradas, llevar un día al debate un problema que afecta y que habrá de afectar cada vez más —a medida que maduren los acontecimientos— la vida cultural de las clases populares.

Les ruego me perdonen, distinguidos compañeros, estas ideas generales que me he atrevido a suscitar en esta mesa a la que honran destacados miembros del Comité Central del Partido Socialista, desde ahora nuestro partido.

He dicho que el escritor es, fundamentalmente, una conciencia, y en ella deben integrarse los factores más dinámicos y evolucionados de nuestro tiempo. Un tiempo que exige sentidos relampagueantes y despiertos, cuando la Historia necesita sólo una vuelta de dados para devolver al Hombre, su único dueño, la grandeza de su esfuerzo, con equidad y justicia. Sentidos redivivos, camaradas, cuando nuestro Continente, simbolizado en Cuba, la niña hermosa y trágica del Caribe, clama sobre los mares su derecho al pan, a la libertad y a la belleza; cuando las fuerzas del colonialismo económico y bárbaro pretenden hablar el lenguaje de las armas nucleares, en una moderna réplica del troglodita camuflado tras el brocato de una civilización presuntamente cristiana.

Grandes, terribles tareas nos esperan en esta hora. Así lo entendemos, y ese es el sentido de nuestro ingreso al glorioso Partido Socialista de Chile. Buscamos responsabilidades y estamos dispuestos a asumirlas, para conseguir la victoria popular de 1964, tarea inminente y de honor para todos los chilenos. En esta tarea estrecharemos más que nunca en las filas del pueblo. Aspiramos a ello por nuestra condición de artistas revolucionarios y de ciudadanos, que esperan ver un día un sol distinto, un sol generoso y humano, que busque, para posarse, las mejillas desencajadas de los niños desvalidos de nuestro país, los rostros tristes de nuestras mujeres, las manos oscuras de nuestros hombres, sufridos y categóricos, que enfrentan a diario el pavor de un amanecer sin esperanzas.

Un sol que, como verdadero creador, cumpla con su misión de justicia y de belleza.